



Simplemente poner los pies en el suelo disolvió mi esperanza. Por mis tendones desgarrados y vacilantes supe que la batalla estaba perdida. A pesar de todo desayuné junto a Teresa en silencio, sin desvelar mis intuiciones, con una sonrisa sombría, lánguida, suspendida, inexpresiva... Cuando salíamos de casa eran casi las siete. Una vez más, me pondría en marcha dos horas después de lo habitual. Había perdido definitivamente la disciplina marcada por la amanecida, el tono duro y tenso de la primera luz, la mirada exoftálmica de la sorpresa. Teresa condujo con elasticidad su Seat Ibiza ligero y dinámico regateando las calles de Astorga, vestidas de mercado y con aroma a churros. Hasta la doble curva de San Justo de la Vega no rompimos nuestro silencio, congelado, un tanto cómplice, temeroso de afrontar la realidad.

- ¿Cómo vas...? – murmuró Teresa –.  
- Bien...  
- ¿Te duele?  
- No...  
- Mentiroso...  
- A ti no te puedo engañar, ¿eh?  
- Generalmente no sueles engañar muy bien. Ni a mí ni a nadie.  
- Si al menos lograra terminar hoy... Llegar a Astorga... Descansar un par de días...  
- Ya sé que no lo puedo entender, pero lo lógico es que hoy te quedaras ya en Astorga. En tres días partiríamos todos juntos, y tú con muchas probabilidades de recuperación. No por eso vas a ensombrecer tu Camino.  
- ¿Qué hubiera hecho un peregrino en mis mismas circunstancias hace seis siglos? – inquirí con cierta dureza – . Desde luego, no llamar a un taxi para dormir en casa.  
- Gracias, por considerarme una simple taxista – contestó Teresa con sutil ironía –.  
- Hubiera afrontado sus limitaciones con lo que las propias circunstancias del Camino le ofreciera; las naturales, no los privilegios ni las trampas.  
- Oye... Esto no es una cuestión de honorabilidad. Tus circunstancias son las que son.  
- Sí, es verdad – concedí –. Lo que pasa es que siento que he perdido la filosofía del Camino, el contacto con la gente, el ambiente de los albergues...

- Supongo que habrá que vivirlo para comprenderlo... Pero tampoco creo que nadie te apunte una falta o te tache de una lista por saltarte el tramo Villadangos-Astorga.

- Esto es como la vida, Teresa. Nadie puede ahorrarse un trago amargo para continuar viviendo. No se puede decir: *no mire, eliminemos aquellos dos meses en los que lo pasé tan mal, suprimamos aquel fracaso, o aquella enfermedad.*

- ¿Has pensado que tal vez no puedas seguir?

- ¡Claro que sí! Sería como morir, la muerte en la vida de la peregrinación. Pues bien, habrá que afrontarlo... Pero viviendo hasta el final, sin renunciar a nada...

Dejamos suspendidas nuestras disquisiciones en el silencio. El sol, recién estrenado, se dejaba ver enfrente con franqueza rompiendo sobre el parabrisas, mientras yo contemplaba de soslayo las fértiles campiñas de la vega del Órbigo. Cuando sobrepasamos Hospital, tomé conciencia de cómo el coche engullía los kilómetros con insultante facilidad. Su coste por kilómetro era de apenas cuarenta segundos; el mío, quince minutos, hoy seguramente más. Teresa me hizo volver de mi ensimismamiento.

- Villadangos... ¿Dónde te dejo?

- Donde me recogiste.

- Fue por aquí...

- No. Yo estaba a la entrada del pueblo, así que, visto desde este lado, me tendrás que dejar a la salida.

- Mira, el albergue de peregrinos. Es un buen punto del que partir.

- No.

- ¡Jo, macho!

- ¿Qué?

- Nada, nada... ¿Aquí?

- No. Un poco más adelante... Allí, donde aquel cartel que señala la desviación hacia la urbanización. Lo recuerdo perfectamente...

Nos besamos con ternura mientras acariciaba su cintura con ese lenguaje de las manos en el que quise transmitirle firmeza y decisión, pero también vulnerabilidad, desamparo, soledad... Lo debió comprender muy bien, porque sus últimas palabras subrayaron su vocación de ayuda, su fidelidad y su sentimiento de yunta.



... regateando las calles de Astorga,  
vestidas de mercado y con aroma a churros ...

- Estaré todo el día atenta al teléfono móvil.

Fue la versión moderna de aquellas palabras de Lauren Bacall a Humphrey Bogart en *Tener y no tener*; la inolvidable película de Howard Hawks: *Si me necesitas, silba...*

Repentinamente me rodeó el silencio. Miré a mi alrededor como buscando una mano tendida, una ayuda, un consuelo. Era como si mi vida de peregrino estuviera sentenciada, como si aguardara el último tramo vital, como cuando el médico te da un par de meses de vida, y sientes que hay que morir viviendo. Por eso estaba triste, aunque con el convencimiento de que había que echar a andar. Comencé a un ritmo muy lento, un tanto temeroso, hasta que alcancé sin problemas el albergue de peregrinos de Villadangos. A pesar de que andábamos ya cerca de las ocho de la mañana, asomé la nariz con la lejana esperanza de poder pillar a alguno de mis colegas conocidos. En teoría mucha de la gente de Bercianos debía de haber pasado la noche allí, y entre ellos Fernando. ¡Cuánto daría por unos segundos para decirles, para explicarles, para contarles...! Ni rastro de ellos. Lógicamente llevarían ya dos horas de camino.

Animado por el buen comportamiento de mis pobres piernas, enfilo la ruta siguiendo la traza de la carretera durante los siguientes tres kilómetros, a un ritmo progresivamente mayor. El siguiente pueblo es San Martín del Camino, que me aparta momentáneamente de la carretera al atravesarlo, para volver de nuevo a la monótona N-120, a sólo seis kilómetros ya de Hospital de Órbigo. Son más de las diez de la mañana y el sol se levanta iluminando el páramo leonés, hace apenas unas décadas yermo y árido, y hoy convertido en un vergel gracias a los canales de riego del río Órbigo. A unos dos kilómetros de Hospital se encienden todas las alarmas. El dolor lancinante, áspero y terebrante me deja clavado sobre la tierra. Es brusco, repentino, invalidante. Me nubla la vista. Me hiela el alma. Me congela la respiración. Después de unos minutos sin atreverme a dar un paso, desplazo suavemente un pie tras

otro, tanteo el apoyo con cautela. El paso, muy corto; el ritmo, muy lento. Y aún así, de vez en cuando he de parar de nuevo atornillado por el dolor. Coincido con una de las acequias de riego, me descalzo y meto los pies en el agua, como ya hice en el Canal de Castilla por tierras palentinas. Pero esta vez todo es inútil. En continua agonía llego a Hospital de Órbigo; aún no es mediodía. Compruebo desalentado mi velocidad de crucero: en la última hora, apenas he recorrido poco menos de dos kilómetros. Manteniendo este ritmo, más de diez horas me separan de Astorga. Trato de recuperar la serenidad buscando un punto de reposo. Una cafetería, justo a la entrada del puente de Órbigo me sirve para tratar de reencontrar el pulso perdido. Mientras doy cuenta de un pequeño bocadillo y una coca-cola, tomo conciencia de que el dolor ya es constante, incluso en reposo. A mi espalda escucho la melódica voz de Delia, una peregrina navarra que conocí en Belorado, donde un pan compartido, algunas confidencias, el contraste de experiencias vitales y un punto de complicidad fueron más que suficientes para encontrar nuestro espacio común.

- ¿Negociando con el espíritu, peregrino? ¿O un simple y prosaico descanso para reponer fuerzas?

- No ando para muchos trotes... – sonreí forzado con cierta languidez –. Para eso está la noche

- ¿A ti también te pasa...? – Delia bajó ligeramente la cabeza al tiempo que elevaba una pícaro mirada escrutadora con su mochila aún a la espalda –.

- ¿También...?

- Es mi espacio preferido. La noche es poesía, es sosiego, es reflexión, es sentimiento, es vida... Esa paradoja... Cuando todo duerme, cuando la luz muere, cuando el color se transforma en blanco y negro, cuando se hace el silencio, cuando se pierde el palpito cotidiano... Entonces la vida se mastica, se agarra al corazón, se disfruta en plenitud.

- Un día lo escribí – la interrumpí asintiendo con alguna ansiedad – Nadie debería dejar de vivir una noche larga, cargada de insomnio y soledad, consumiendo el alma en el rescoldo de las pasiones, de las dudas y de los sentimientos...

- Bello... ¿Escribes...?

- Cositas.

- ¿Poesía?

- ¡No, por Dios! Algún poema he parido, pero son sencillamente espantosos. No. Tengo demasiado respeto por la música escrita.

- O sea, que escribes bien... – apuntaló juguetona –.

- ¡No! No... Verás. Creo saber lo que es escribir bien. Sé quien escribe bien. Lo detecto aquí – me señalo la cabeza – y aquí – me coloco dos dedos sobre el pecho –. Lo mío no es escribir. Algunas cosas no están mal, otras me gustan en según qué momentos, y las más afortunadas, muy pocas, tienen cierta brillantez. Pero escribir bien es otra cosa...

Delia me miró con profundidad, con cierta ternura. Entonces, se despojó de su mochila y se sentó frente a mí. Inclinando levemente la cabeza, apoyó sus antebrazos cruzados sobre la mesa con un ligero estremecimiento y entrecerró sus ojos de color miel para acariciar unos instantes de silencio. Diría que adivinó mi tristeza y mi cansancio. Después, me habló en voz muy baja.

- ¿Sabes? Creo que me gustaría leerte.
- ¡Vaya! – contesté un tanto azorado –. Parece que no soy muy convincente. Temo haber sido demasiado pretencioso.
- Cuéntame... ¿Guardas lo que escribes?
- ¡Claro!
- ¿Cómo, claro? Si es tan malo... – nueva provocación –.
- Hay dos cosas que nunca, nunca se tiran: las fotografías y lo que uno escribe. Por viejas y descoloridas que sean, por mucho que nos parezcan ridículas. Es como tirar las virutas de la vida, las cenizas del alma...
- ¿Cómo son tus noches?
- ¿Mis noches? Ya no son, Delia. Ya no son... – contesté con nostalgia –.
- ¿Acaso renuncias ya a vivir, compañero? – replicó con un combativo talante reivindicativo –.
- No – sonreí divertido –. Pero no es lo mismo que cuando se es joven, y en parte tiene que ser así. Uno se hace mayor, «responsable», más «razonable». La realidad de los árboles ya no te deja ver el bosque de los sueños. Tienes hijos y vives absorbido por ellos. Peleas para sobrevivir; te enfangas en el cansancio cotidiano y digieres esta patética cultura burguesa de la sociedad del bienestar; con cierto inconformismo, sí, pero con asombrosa naturalidad.
- Bueno. Un poeta sin poemas no puede perder sus referencias vitales...
- No te burles – respondí con tristeza –.
- Nunca hablé con tanto respeto – repuso muy seria –. Hoy no estás bien, pero dentro de ti no encuentro precisamente sequedad. ¿Dónde está tu lucha, hermano? ¿Dónde las causas perdidas? ¿Y los sueños? Aún habrá un refugio donde, al menos, puedas lamer las heridas de tus fracasos.

Me hundí en silencio dentro de su intensa mirada. Y mirándome en sus ojos comprendí que estaba delante de una de esas almas gemelas que uno se encuentra pocas veces en la vida. Apenas llevábamos media hora hablando y fue suficiente para conocernos, para empezar a querernos.

- Primero, mi mujer. Ninguna otra persona en el mundo es capaz de soportar mis *neuras*, mis contradicciones y mis frustraciones. Con infinita paciencia y con profundo respeto. Luego, un grupo de gente con el que creímos que era posible cambiar el mundo (¿lo creemos aún?), y un espacio de soledad justo y necesario, generalmente en la noche de los viernes (¡cómo no!), con algún cansancio acumulado. Y la misteriosa complicidad de una película. Entonces puedo sentirme vivo, llorar incluso...

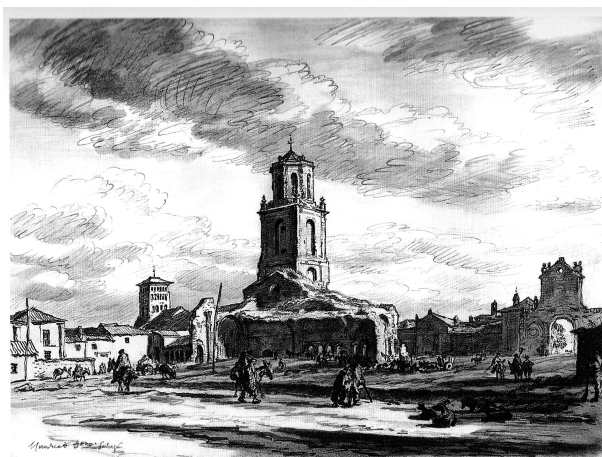
- ¿Te gusta el cine?
- Me apasiona...

Entonces Delia se pone tensa, erguida, con los ojos muy abiertos y con la excitación marcada en su rostro.

- ¿Un libro?
- ¿...?
- Vamos, contesta... Sólo lo primero que te venga a la mente.
- *Cien años de soledad*.
- ¿Un autor?
- De fuera, García Márquez. Después de leer algo de él hay que dejar pasar un tiempo sin nueva lectura, porque todo te parece malo, anodino, insípido, simple... De aquí, me quedo con Delibes.
- ¿Un paisaje?
- Mmmm... La llegada en barco a Mallorca, mi tierra paterna, al amanecer. Tiene una luz y un color especial, y la eterna promesa en mi mentalidad infantil de que ocurrirán cosas maravillosas en un verano aún sin estrenar.
- ¿Un verano?
- Año 72, repartido entre Mallorca y Astorga, al inicio de mi adolescencia. Me enamoré... Fue maravilloso. Como empezar a descubrir la vida desde la ingenua ilusión de la niñez. Años después identifiqué claramente ese sentimiento cuando vi la película *Verano del 42*.
- ¿Una canción?
- Hay tantas...
- ¡Una!
- *Imagine*, de John Lennon; con permiso de *Melodías encadenadas*, de Righteous brothers, y de *Father and son*, de Cat Stevens.
- ¿Una secuencia de una película?
- *El cazador*, de Michael Cimino. Un joven Robert de Niro acaba de regresar a su pueblo procedente de la guerra de Vietnam. Hay una triste alegría a su alrededor, pero se adivina el infierno en su mirada y el destrozo humeante en el fondo del corazón. Sale a cazar, como antes, y después de rastrear un hermoso ciervo macho durante toda la mañana, por fin lo tiene a tiro. Levanta su rifle con mira telescópica y apunta. Ahí lo tiene, ¿por qué no dispara? Separa la cabeza de la mira dos veces y se revuelve incómodo, mientras suena de fondo la bellísima *Cavatina* de la banda sonora, un maravilloso solo punteado de guitarra. Vuelve a apuntar, y la cruz de la mira se fija sobre su objetivo, pero no dispara. Baja el arma. El animal, recortado sobre una peña, ajeno y despreocupado, escapa sin sobresaltos. El plano vuelve a Robert de Niro: mirada baja, gesto desarbolado y el interior hecho trizas. Todos comprendemos que nunca más podrá volver a matar.
- Hermoso...
- Muy hermoso...
- ¿Un poema?
- Alguno de Neruda, varios de García Lorca, y cualquiera de Machado. Nunca olvido una rima de Bécquer sobre la soledad de los muertos<sup>1</sup>; cada vez que he de enfrentarme a la muerte desgrano esos versos en mi interior

como si se tratara de una oración. Pero, si tuviera que quedarme con uno, sería de lo más atípico. Es un poema de José Pedroni, una bellísima glosa a la mujer embarazada que recitaba entre canción y canción Jorge Cafrune, aquel cantautor argentino que arrancaba increíbles lamentos a su guitarra.

- ... ¿Un año?
- 1958, el año en que nació.
- ¿Del 58? No es posible. ¡Igual que yo!
- Pues bienvenida al club. Según voy cumpliendo años siento una extraña solidaridad con aquellos que nacieron el mismo año que yo. No sé... La solidaridad de vivir el mismo tiempo, la misma vida...
- ¿Aún no sabes por dónde voy? – inquirió Delia con dulzura –.
- Pues la verdad, no. ¿Un test de personalidad?
- ¿Y dices que te gusta el cine? Piensa un poquito. ¿En qué «peli» has visto algo parecido?
- No caigo.
- La más bella historia de amor jamás filmada.
- ... – encogiéndome de hombros –.
- *Tal como éramos* – con un chasquido triunfante en sus labios –.
- ¿*Tal como éramos*? A ver... Sydney Pollack, con Robert Redford y Barbra Streisand.
- Prescinde de la ficha técnica, hombre. Vete al meollo, al alma de la película.
- No la tengo fresca; es una película de los años setenta...
- 1973 – precisó ella –
- Yo creo que sólo la he visto una vez, cuando se estrenó por entonces. Él era un escritor; no, un guionista de cine buscando abrirse camino en Hollywood. Ella, una activista política de izquierdas, muy implicada en causas pacifistas, como el rechazo a la guerra de Vietnam, y tal...
- Exacto.
- ¿Y qué tiene que ver con el test? – pregunté con ingenuidad –.
- Robert Redford tiene un amigo, la única persona con la que comparte sus sueños. Para mantener viva la interioridad de cada uno se hacen preguntas de ese tipo, rápidas, intuitivas, pero con carga de sensibilidad: una tarde inolvidable, un día de la semana, una película, un personaje, un libro...
- No recuerdo los detalles. Estaba bien, sin particular emoción.
- ¿Cómo? – replicó Delia con un punto de indignación –.
- Es el amor en estado puro, el de verdad, el que implica renuncia.
- Pero el cine está lleno de referencias parecidas – protesté –. Podría citarte mil historias de amor maravillosas.
- ¡No!... No. Ninguna como ésta. En las historias convencionales domina la pasión, la atracción; es conmovedor, no lo niego. Y hay entrega mutua. Pero en el fondo cada uno busca «su» plenitud. En *Tal como éramos*, terminan por llegar a la conclusión de que su concepto de vida es diferente; sus proyectos, incompatibles. Renunciar a sus planteamientos vitales es posible. Pero saben que de-



... Y me acordé de Carlos,  
cuando se subió al tren en Sahagún ...

jarían de ser ellos. Así que decide su renuncia mutua, precisamente para no desmoronar la estructura humana del otro. Con dolor, con profundo dolor. Y saben que siempre se querrán. Al final de la película hay un reencuentro casual bellissimo, años después de su historia; ambos paran dos minutos a contemplar su cariño (es inevitable), para después volver de nuevo a su hermoso sacrificio de amor. Otra vuelta de tuerca: el amor que se inmola... por amor...

- Como a Natalie Wood y a Warren Beatty en *Esplendor en la hierba*.

- No. Allí son sacrificados por la sociedad, los convencionalismos, el entorno, la rigidez moral, la hipocresía social, sus amigos, sus propios padres. No renuncian ellos; les hacen renunciar.

- Te prometo que cuando regrese a Madrid, una de las primeras cosas que haré será revisar *Tal como éramos*.

- Me cautivó desde que la descubrí, allá por mis diecisiete años. Desde entonces la he visto más de cien veces, y nunca me cansa...

Quedamos atrapados por el silencio.

- Una última cosa...

- Dispara.

- ¿Una película? – Delia dulcifica su mirada en una tenue sonrisa –.

- *Tal como éramos*, of course.<sup>2</sup>

- Of course... ¿Un mes del año?

- Noviembre, sin duda. Ninguno tiene su color.

- ¿Un sentimiento?

- La melancolía. A veces duele, pero llena el alma...

- ¿Un rincón?

- Un pequeño, pero denso bosquecillo de robles cerca del pueblecito en el que nació, en mis montañas navarras del Pirineo.

- ¿Un instrumento musical?

- El violín. Es el único capaz de llorar...

- ¿Un gesto?

- Cualquier mirada puede estar cargada de matices, pero me quedo con unas manos cogidas, porque el tacto es el más necesario de los sentidos en la relación humana.

- Delia... Gracias...

- ¿Por qué?
- Porque ha sido mucho lo que me has ofrecido hoy.
- No más de lo que he recibido yo.
- ¿Te veo en Astorga?
- No creo... Tengo que regresar. Terminaré el tramo que me queda hasta Santiago en septiembre.

Tres cuartos de hora después afronto *el paso honroso* sobre el puente con los estertores de la muerte sonando en el alma. Me apoyo repetidas veces sobre el pretil; miro hacia la alameda junto al río, a la izquierda, en busca de oxígeno. Arrastro miserablemente los pies sobre la piedra vieja. Escruto el templo de la iglesia que en su tiempo correspondía al hospital de los Caballeros de San Juan, y pienso que podría ser uno de los peregrinos medievales que necesitara de sus servicios. Los casi trescientos metros que tiene el puente de largo suponen casi media hora de penosa marcha. Cuando me cruzo con algún lugareño o me sobrepasa un peregrino, trato de recomponer la figura armado de disimulo. Intento por todos los medios evitar tener que dar explicaciones. Echo una mirada hacia la derecha, sobre la salida hacia Benavides de Órbigo, y entonces pienso en mi amigo Juan Carlos. Y lo siento cerca. Apenas a cinco kilómetros de distancia. A una hora andando. A tres minutos en coche. A un segundo del corazón. A un instante del alma.

Un poco más allá del puente, tras dejar atrás el hospital de los Caballeros y el refugio parroquial, enfilo la salida de Hospital de Órbigo marcada por un cartel que ofrece una doble opción: hacia la derecha, por Villares de Órbigo, quince kilómetros de campo y terreno ondulado hasta Astorga; hacia la izquierda, por el arcén de la carretera nacional, quince kilómetros de asfalto. Me inclino apoyando las dos manos y la frente sobre la vara en una imagen de cierta desesperanza, porque, aunque parezca mentira, todavía aspiraba a llegar a la *Asturica Augusta* por mis propios medios. *Si llegara al alto de San Justo...* – me digo con ingenuidad –. *...Entonces, contemplando Astorga desde allí, seguro que llego... Seguro...* En condiciones normales hubiera escogido la opción de Villares de Órbigo y Santibáñez de Valdeiglesias, mucho más atractiva por el contacto con la naturaleza. Pero, dado mi estado, si rompo definitivamente siempre será mejor estar cerca de la carretera. Así que camino temblando, arrastrando los pies sin rubor, sencillamente porque ya no me es posible ni un miserable grado de movimiento articular. Tras una referencia de tiempo un tanto despintada en la que arrastro por la tierra el espíritu y las piernas, levanto la mirada para descubrir a unos cien metros delante de mí el cruce de la carretera nacional con la desviación hacia Santibáñez. Entonces, algo se me clava en la garganta del tobillo. Y caigo de bruces al suelo aplastado por mi propia mochila. La vara rueda delante de mí, los labios escupen la tierra que se pegada a su mucosa, las rodillas se despellejan como cuando era niño de nervioso asombro vital y pantalón corto, la frente se rinde sobre la tierra, humillada y vencida. A duras penas consigo sentarme en el suelo y procedo a descalzar-

me. Entonces compruebo que estoy yendo demasiado lejos. Un edema duro borra los maléolos de mis tobillos. El tendón del músculo tibial anterior es un cordón duro y engrosado, aprisionado por la inflamación. *Se acabó* – me digo a mí mismo –. *Ya no puedes más. Eres médico, tío* – me insisto – *y estás al borde de una complicación importante...* – por un momento parece que no quiero afrontarlo –. *...Tal vez una rotura tendinosa... Incluso una flebitis... Se acabó...* Justo en el mismo cruce de la N-120 se dibuja una raqueta semicircular que contiene la marquesina de una parada de autobús. *Hay que aceptar la derrota; es la vida...* – mis conclusiones son así de pobres –. *Ya no más, ya no más...* A trancas y barrancas consigo arrastrarme hasta la parada. En un principio pienso en la posibilidad de coger el primer autobús que pase por allí con dirección Astorga, pero no hay una sola información al respecto, ni de líneas ni de horarios. Sentado en la bancada de la marquesina, tiro de teléfono móvil. Con cierta solemnidad selecciono el número de Teresa mientras fijo la mirada en el extremo superior derecho de la pantalla. Son las 13:16; se me graba para siempre en el *disco duro* del recuerdo porque estoy a punto de capitular definitivamente. Marco la llamada. Ya no hay vuelta atrás...

- ¿Sí...?
- Teresa...
- Sí...
- No puedo más...
- ¿Dónde estás?
- En la carretera; en el cruce de Santibáñez, justo al inicio de la recta de Hospital...
- ¿Voy a buscarte?
- Por favor... No puedo dar un paso.
- ¡No te muevas! Salgo ahora mismo.

La pesadumbre se apoderó de mí. Quedé mirando fijamente al suelo durante cinco minutos, en profundo silencio. Los vehículos pasaban raudos delante de mí, ajenos a mi pequeña «tragedia». Me quité las zapatillas, ya desanudadas, porque el simple lazo de los cordones estrangulaba el grito de mis tendones. Entonces, hice un último esfuerzo para alcanzar, descalzo, la isleta lateral del cruce. En una mano llevaba las zapatillas; con la otra, tiraba de la mochila y de la vara arrastrándolas por el suelo. Apenas diez metros, sólo diez metros de dolor y de agonía. Diez metros patéticos. Mis últimos diez metros. El Camino moría en el cruce de Santibáñez de Valdeiglesias, casi en casa, muy cerca de Astorga; apenas a trece kilómetros. Me tiré al suelo en decúbito supino, con las piernas extendidas y los brazos en cruz. El sol caía directo sobre mi rostro, y cerré los ojos. Traté de respirar con profundidad mientras hacía recuento de mi aventura: 476 kilómetros recorridos en 18 días, y faltan 274 hasta Compostela. No está mal. Perdido en mis pensamientos, una voz inesperada me sobresaltó.

- ¿Necesita ayuda?



... Ya no me acogerá El Teleno a la sombra de su falda ...

Abrí los ojos sorprendido, y en el contraluz topé con dos cabezas inclinadas sobre mí con casco de motorista, por lo que me reincorporé dando un respingo. Era una pareja de la Guardia Civil de Tráfico.

- Tranquilo... Tranquilo...
- Perdón. Estaba medio dormido y...
- No parece un lugar muy adecuado para dormir – intervino el compañero –.
- Cierto, cierto... Verá...
- ¿Es usted peregrino?
- Sí... Bueno, ya no... O sea...
- Podemos ayudarle.
- No. No hace falta. Verá. Estoy lesionado, y me temo que ya no pueda continuar, así que...
- Podemos acercarle al centro de salud más próximo, o incluso a León.
- No hace falta, agente. Estoy aquí porque espero que vengan a buscarme. Mire, casualmente soy de Astorga. Deben de estar a punto de llegar...
- ¿Quiere que nos quedemos hasta entonces?
- No es necesario, de verdad. Se lo agradezco mucho.
- Bueno, de cualquier forma, pasaremos por aquí otra vez dentro de media hora aproximadamente; si necesita ayuda sólo tiene que pedirla.
- Gracias. Muchas gracias.

Volví a tumbarme con tristeza, protegiendo mis ojos del sol con el sombrero. Ya sólo pensaba en regresar a casa cuanto antes. Estaba afrontando la *muerte del peregrino*. Recordé a todos aquellos que ya pasaron por semejante trance. Y me acordé de Carlos, cuando se subió al tren en Sahagún. ¡Cuánto le he echado de menos! ¡Qué pena que no llegara a vivir la maravillosa noche de Bercianos! Con todos crucé un especial sentimiento de solidaridad. Estaba claro que yo no había sido ni el primero ni el último peregrino que se viera obligado a abandonar, y probablemente ésta era una experiencia que también merecía la pena ser vivida. Y aún así la tristeza me seguía comiendo por dentro. El dolor me recordaba mi debilidad, mi impotencia, mi pobreza. Allí derrotado, tirado sobre un miserable cruce de carretera, buceaba en la nostalgia de lo vivido. Allí rebobinaba la película de mi Camino, de sus gentes y sus

anhelos, de las anécdotas, de los cansancios, de las dudas, de las risas, de los errores, de las reflexiones. Como se dice que ocurre en las puertas de la muerte. Allí estaba yo vencido, desollado, abandonado, jodido, desahuciado... Allí estaba a solas con mi interior. No sé por qué, sonaba en mi cabeza el Concierto para Dos Violines de Bach en su segundo movimiento, una maravillosa elegía que desnuda de forma increíble el sentimiento de melancolía. Es la misma pieza que suena en aquella impresionante secuencia de la película *Hijos de un dios menor*, en la que William Hurt trata de explicar torpemente lo que es la música a la sordomuda Marlee Matlin. Y se vuelve a repetir en mi cabeza. Rezumando una incontrolable tristeza. Entonces me acordé de Delia, cuando decía que el violín es el único instrumento capaz de llorar. Y Bach sonaba en mi interior. Y Bach lloraba en mi interior. Y sin darme cuenta, sin poder explicar lo que estaba ocurriendo, sin quererlo, sin desearlo, sin esperarlo, casi sin sentirlo, yo también comencé a llorar...

El claxon del Seat Ibiza de color azul metálico que conducía Teresa me sacó de mis profundidades, acudiendo una vez más como el Séptimo de Caballería. Mientras hacía el cambio de sentido en la raqueta, ligero y despreocupado, yo terminé de secar mis lágrimas y me puse las gafas de sol. Subí al coche en silencio. Teresa comprendía muy bien que lo que menos necesitaba ahora eran palabras. El trago de la muerte no hay más remedio que pasarlo a solas. Así que volví a cerrar los ojos apoyado sobre la ventanilla, arrullado por el murmullo del motor del automóvil. Ya no veré Astorga desde el alto de San Justo. Ya no me acogerá El Teleno a la sombra de su falda. Ya no será posible descubrir el bosque animado gallego. Ya no podré contemplar Compostela desde el Camino. Ya no habrá más encuentros, ni más experiencias, ni más oraciones. Se termina mi vida de peregrino. Doy las últimas boqueadas. Fue como pedir morfina para mitigar los últimos sufrimientos, para diluir el dolor y la disnea; y así, despacio, muy despacio; sereno, muy sereno; libre, muy libre; sumergido en la nebulosa de mi espíritu y de mi mente, expiré...

Imágenes tomadas del libro *Gertrude & Muirhead Bone. Divagaciones por Castilla y León*, Junta de Castilla y León, Urueña, 2005.

<sup>1</sup> Cerraron sus ojos  
que aún tenía abiertos,  
taparon su cara  
con un blanco lienzo,  
y unos sollozando,  
otros en silencio,  
de la triste alcoba  
todos se salieron...

<sup>2</sup> Por supuesto, en inglés.